

privadas, en los cuales el hombre, sin necesidad de ser una entidad extraordinaria ni un ente extravagante, afronta los conflictos, llamados ordinarios de puro frecuentes en la vida de familia y en la vida política? Nada absolutamente, nada podemos decir acerca del drama en la clásica antigüedad. Grecia y Roma, que, si conocieron á algunos semidioses y á muchos esclavos, apenas conocieron al hombre, no pudieron conocer otras acciones que las sublimes de los heroes y las ridículas de los esclavos; por esto ni la sabia y artística Atenas ni la sesuda y práctica Roma pudieron alcanzar el drama.

El drama es creación del teatro moderno, pues aun salvando la respetable autoridad de Mr. Mannin, quien afirma que en el siglo X floreció en Sajonia una monja que produjo algunas composiciones que pueden calificarse de verdaderos dramas, es lo cierto que los *misterios* y las *moralidades* de la Edad Media fueron los precursores del drama. Su aparición fué coetanea del Renacimiento y no se desenvolvió vigorosa y completamente hasta que, hermanadas la inspiración popular y la poesía erudita, dos grandes genios, Lope de Vega, en España, y Shakespeare, en Inglaterra, al tiempo que asombraron al mundo con los maravillosos partos de su fecunda fantasía, lo dieron á conocer á la culta Europa como el género dramático más humano y que mejor responde á los modernos ideales y á la forma de vida de nuestros tiempos.

ISIDORO FRIAS.

AMOROSA

TANTO y tanto tu recuerdo
grabado en mi mente está;
que cuando venga mi muerte,
mi última idea serás,
y mi primer pensamiento
si llego á resucitar.

FRANCISCO GRAS Y ELIAS.

KIN-YENG

ESTUDIO DE COSTUMBRES CHINAS

I

Las siete felicidades han de multiplicarse diez mil veces en tu casa.

—Y mi escuálido retoño se convertirá en florido albaricoque en la tuya.

—¿Queda, pues, empeñada tu palabra?

—Solo la boca de los malvados no expresa los sentimientos del corazón, ha dicho el sabio.

—Que el vino caliente prolongue tu preciosa existencia.

—Que nunca se indigeste el arroz en tu noble estómago.

Así pactaban el matrimonio de sus hijos, los viejos Aman y Lonjing, sentados junto á una mesa de pulido roble, con una taza de thé en la mano y pasándose mutuamente la pipa de metal llena del mejor tabaco de las montañas *Hiong*. En China sucede todavía lo que ha pasado en Europa hasta en nuestros días: los matrimonios se inspiran solo en la conveniencia, y son los padres de los novios quienes los arreglan; con la circunstancia especialísima de que el amante no conocerá á su amada hasta cinco minutos antes de encerrarse en la cámara nupcial.

Petrificado en el inmenso libro de los recuerdos de su pasado, vejetando sin contar los días en la historia, el pueblo chino existe merced al indisoluble lazo social que le agrupa y une como una sola familia. El Emperador es el padre y la madre de los ciudadanos, y se le llama así en los documentos oficiales: los mandarines deben ejercer solo autoridad paternal: en los pueblos y aldeas el fallo de los ancianos supera al de todos los tribunales: en las familias la potestad del padre no tiene límite alguno. Pero si la teoría de este sistema es realmente seductora, su práctica manifiesta los mas deplorables abusos. Un interés egoísta y grosero se ha sobrepuesto á todo: la existencia de la autoridad se conoce y revela solo por sus abusos: los mismos lazos íntimos de la familia son una ridícula parodia: y aquellas grandes máximas de los filósofos que florecieron desde los tiempos de Yao hasta la dinastía de los Tang, hace tiempo se han borrado de la memoria del pueblo y solo se conservan en empolvados cuadros que adornan las pagodas y templos búdicos.

En la genealogía de los despotismos que imperan en la China, el primero es el del emperador: el último el del padre de familia. Toda aspiración generosa es ahogada en germen; las ideas modernas no pueden entrar en aquellos cerebros, y la ley eterna y constante del desarrollo del progreso es desmentida por cuatro cientos millones de hombres que se empeñan, y lo consiguen, en retroceder diez siglos de su historia.

Esta tiranía paternal, pues, movía al viejo Aman á pedir para su hijo Tai-lung la mano de la hija de Lonjing. Y la costumbre tradicional fué rigurosamente observada. El consejo de familia alabó las virtudes de la hermosa Kin-yeng: una casa-

mentera fué á ofrecerle el *primer regalo*, y aseguró á la novia que Tailung no tenía ningún hermano mayor soltero: se cambiaron los presentes de boda, los nombres de los antepasados de ambas familias, y el cielo se mostró propicio á la proyectada boda, con las combinaciones favorables de ocho monedas del emperador Shun-chi agitadas en la concha de una tortuga.

II

Kin-yeng, ó Rosa silvestre, era una joven de quince años, blanca como un grano de arroz escogido en la mejor cosecha, y dulce como una hoja de the negro de las montañas Vwei. Su educación nada dejaba que desear. Las cuerdas del Sing-song, agitadas por su mano lanzaban los acordes más armoniosos: aprendió á respetar á sus padres y hermanos, según el Yao-King ordena: las puertas de su casa jamás se abrieron para ella, y distrajo sus ratos de ocio en apretar las cintas de los piés para reducirlos al tamaño de un huevo de paloma, y leer las novelas de amor, que en China como en todas partes calientan las cabezas de los románticos.

Así aprendió Kin-yeng lo que era el amor, y levantó en el fondo de su corazón un altar á la esperanza, ante el que pidió contrita el pronto advenimiento de un marido. Feliz ella si cumplía los deberes maternos dando al mundo un hijo varón; si recibía las caricias de un esposo; ella, acostumbrada á servir el thé á sus hermanos sin obtener en cambio una mirada de cariño, á ver transcurrirse los soles y las lunas con una monotonía abrumadora.

Una vez sola sintió turbado su plácido reposo. Los ecos del cañón extranjero que destruía los fuertes de Boca Tigris llegaron á sus oídos, con la noticia de que unos bárbaros de cabello rojo, nariz afilada y barbas de demonio marchaban hacia Kuang-tcheu. Aquel día tuvo miedo, y rompió el silencio que el respeto filial impone, para preguntar á su padre qué diablos eran los que se atrevían á atacar la autoridad imperial. El viejo Lonjing se dignó contestar que del fondo de los mares habían salido unos monstruos con buques y cañones, rebelados contra el Imperio de la Gran Dinastía Pura: pero ya el Emperador se compadecía de ellos y les daría algunas libras de plata para que se retiraran á sus antros.

Renació pronto la calma en las pacíficas márgenes del río de las Perlas, y Kin-yeng pudo pensar de nuevo en su futuro esposo, cuando su padre le anunció su próxima boda con Tai-lung, que acababa de sufrir los exámenes de segundo grado del mandarínato.

—¿Seré feliz con él? preguntó la niña á su padre.

—Mientras practiques las cinco virtudes y cumplas los cinco deberes.

—¿Sentirá ese fuego que á mí me abrasa?

—Todo hombre dedicado á las letras aprende en primer término á despreciar á las mujeres.

—¿Por qué, padre?

—Sois hembras, principio pasivo, creación del *In*, materia impura; lo ha dicho Fouhi, el primer sabio.

Kin-yeng lloró aquel día amargamente. Aprendió que pasaba de una esclavitud á otra. El castillo de sus sueños se derrumbaba al soplo de la realidad desnuda y seca, y solo encontraba el desprecio del sabio en el fondo de la copa en que vertió los tesoros de amor y de ternura con que pensaba obsequiar á su amante.

—¿Creación del *In*! ¡Materia impura! murmuró su labio candente de fiebre. Y la cítara me contestaba con armonías cuando la pedía que me explicara los misterios del amor. ¡Ah nécia, nécia!...

Y el arpa se rompió en mil pedazos al chocar con furia contra la mesa de las ofrendas dedicadas á los Espíritus domésticos.

III

Tailung está sentado junto á una ventana de su gabinete de estudio, con la barba apoyada en las manos, y los ojos fijos en una luna de día quince de mes chino. Parecería uno de aquellos augustos sacerdotes egipcios que en los templos de Isis pasaban las noches escudriñando el firmamento, sino desnaturalizaran su semblante, de suyo poco recomendable, unas gafas cuyos cristales debían medir lo menos tres pulgadas de diámetro.

—¡Vei-tsu!, murmura, gran sabio, profundo astrónomo. Tu augusta sombra vela la conciencia de los tiranos y nutre en su corazón el gusano roedor del remordimiento. Tu habías leído en el cielo como en un libro escrito con caracteres tchuen. Los astros combinados con los *Kuá* ó Símbolos del *Y-King* te habían revelado el misterio de la inmortalidad... que con tus libros llevaste al occidente cuando los reyes de Chou te persiguieron. Así por nuestra culpa los europeos saben astronomía y nosotros la ignoramos. Pero tu gran secreto se perdió en el abismo sin fondo del tiempo, y feliz yo si logro encontrarlo.

Y con mano febril Tai-lung cogió el pincel y empezó á trazar signos cabalísticos, buscando en la combinación de los Kua el secreto del elixir de larga vida, que como es sabido solo puede obtenerse fijando el color de la savia del albaricoque.

¡Y pensar que aquella era su primera noche de bodas! ¿Cómo estará la bella Kin-yeng? De tanto llorar sus ojos se han marchitado como ban-

da de plátanos que el viento azota: el dios del sueño se olvidó de descender á cerrar sus pupilas y mientras su noble esposo vuela hácia las regiones de la vida eterna, un espíritu Kuei viene á posarse sobre la blanca almohada de porcelana de Kin-yeng, le cuenta lo que son y como quieren los amantes, y le añade que vengarse de un marido literato es casi tan dulce como comer un tallo de ginseng brotado en primavera.

Y se vengó Kin-yeng. Apenas volvió el sol de su viaje diario hácia los sagrados templos del Thibet en donde se acuesta, la joven desposada mandó llamar á su peñadora, confidente obligada por razón de su oficio, y le pidió que le buscara un corazón tierno que pudiese corresponder á la pasión del suyo. Le hizo mil prolijas advertencias sobre sus condiciones personales: que fuese alto, con los ojos parecidos á dos almendras secas, la nariz muy pequeña y las uñas muy largas; que vistiese elegante túnica de seda azul, y llevase los pantalones abiertos por detrás, pero atados á los tobillos como la pulcritud ordena; que no se creyera obligado á satisfacer gasto ó capricho alguno de la muger, antes bien sería esta quien de vez en cuando ofreciese sus regalitos; y finalmente, ¡ah! y esta era condición precisa, que tuviera por lo menos tres palmos de negra y sedosa cola cayéndole por la espalda.

No fué difícil para la peñadora encontrar un joven que correspondiese á los deseos de Kin-yeng, ella, la pobre, abrumada siempre bajo este género de encargos. Presentó á Ts'ien-tze, quien fué aceptado con gozo por Kin-yeng. Celebraron sus primeras entrevistas en casa de la misma peñadora, á donde la joven iba con frecuencia, decorosamente recatada de las miradas del vulgo por una doble cortinilla de bambú que velaba las ventanas de su palanquín azul; pero pronto se encontró un pretexto para ligar con estrecho lazo al sabio Tai-lung con Ts'ien-tze, en términos que este tuvo desde entonces libre acceso á la casa de su amigo y al pabellón de su amiga.

El cielo se asoció á la felicidad de todos: los espíritus bajaron á aquella morada, brillantes nubes la iluminaron con variados colores, en sus jardines creció la yerba K'iu-y, los pájaros Fong-huang anidaron en los techos, y el Ki-lin se paseó por sus jardines. La hermosa Kin-yeng juró por la diosa Kua-nin á su esposo, que sus estudios sobre el elixir de larga vida habían atraído las bendiciones del cielo sobre aquella casa.

IV

El arco celeste bajó al vientre de Kin-yeng y cuando la tierra hubo dado diez veces la vuelta al rededor de la luna, se aumentó la riqueza de la

casa con diez libras de oro en peso. El amigo Ts'ien-tze corrió al estudio de Tai-lung para notificarle tan fausta nueva, y decirle que ya un hijo varón perpetuaría su nombre, le regalaría un ataúd enseguida que tuviese uso de razón, y seguiría su entierro esparciendo papel dorado para apaciguar á los espíritus. Ocupado en aquel momento el sabio en uno de sus mas difíciles problemas de cabalística, es decir, la relación que existe entre la estrella del fuego y el dragón acuático, solo se volvió hácia su amigo para lamentar que otro esclavo mas hubiese venido á este mundo, y siguió trazando líneas enteras y quebradas.

Y todos fueron felices. Si Tai-lung siguió durante muchos años buscando la savia para su elixir, Kin-yeng habia ya encontrado y guardó también por mucho tiempo la esencia del amor en que tan ardientemente habia soñado. Y mas dichoso fué aun Ts'ien-tze, que pudo conservar sus uñas largas, y vestir las mejores sedas de Su-chao, merced á las oportunas liberalidades de su amada.

Los lectores que hayan seguido al que ensució este papel hasta las presentes líneas, ya saben las ventajas que ofrece mirar mucho al cielo y no ver la tierra. Se encuentra el elixir de larga vida en donde ménos se espera.

EDUARDO TODA.

NOTAS É IMPRESIONES

El hombre se llama rey de la creación, y la verdad es que nunca pasa de esclavo.

¡Feliz el que se acuesta sin temer las imágenes que pueden surgir de las sombras de la noche!

Ser bueno no consiste en parecer bueno, sino en serlo realmente.

El hombre pierde horas y dias y años; y solo va en busca de instantes!

El hombre sufre mientras vive, y no obstante, mientras vive recuerda haber gozado en épocas en que sufría.

Al poeta le conviene dedicarse á las matemáticas, y al matemático á la poesía, ó mejor dicho y para dar mas latitud al pensamiento, al artista le conviene solazarse en la ciencia, y al científico en las artes. Asi se logra el equilibrio, que tanto conviene en todo y cuya falta tanto perjudica.

Si á cada mil buenos propósitos correspondiese un solo acto bueno, seríamos perfectos.